

MADRE TRINIDAD DE LA SANTA MADRE IGLESIA
Fundadora de La Obra de la Iglesia

15-9-1974

EL CRISTO DE TODOS LOS TIEMPOS

Separata del libro:

“LA IGLESIA Y SU MISTERIO”

La Eternidad y el tiempo

Dios es infinitamente perfecto, y, por la perfección de su misma naturaleza, tiene en sí, sido, poseído y terminado, cuanto es y cuanto vive en la abarcación de su Eternidad.

La eternidad en Dios es el Acto infinitamente perfecto que, en el compendio de su abarcación, contiene encerrada toda la capacidad potencial de Dios en la exuberancia pletórica de su inexhaustiva perfección.

El tiempo es la posibilidad que Dios ha dado a la criatura para realizar una cosa y llevarla a su término. Y cuando la perfección del que lo realiza o su capacidad para realizarla es mayor, necesita de menos tiempo para consumarla.

Dios, que es la Perfección infinita, no necesita, para ser cuanto es en sí, del tiempo; porque, por

Con licencia del arzobispado de Madrid

© 1991 EDITORIAL ECO DE LA IGLESIA, S.L.
I.S.B.N.: 84-86724-01-5
Depósito Legal: M. 38.253-1991

LA OBRA DE LA IGLESIA
MADRID – 28006 ROMA – 00149
C/. Velázquez, 88 Via Vigna due Torri, 90
Tel. 91. 435 41 45 Tel. 06.551 46 44
E-mail: informa@laobradelaiglesia.org

la potencia de su perfección abarcadora, es capaz de ser cuanto puede ser en la realización pletórica de su vida infinita, en un acto consumado y terminado de eterna posesión. Pues, a pesar de que Dios es infinitamente fecundo en la diversidad de sus atributos, por la plenitud de cuanto contiene, también es infinitamente abarcado en el compendio apretado de su riqueza. Y así vive toda la realidad de su *seerse* intercomunicación trinitaria de vida retornativa, en un acto Sapiential de Amorosa Explicación, en el misterio trascendente de su eterno silencio.

*Perfección abarcadora
de la humanidad de Cristo*

La perfección del espíritu abarca el compendio de todos los tiempos más o menos según la unión o participación que tengamos de la Eternidad.

Cristo, en todo cuanto vive y hace, es la más perfecta imagen, como criatura, de la Perfección infinita. Por lo que es capaz de contener en sí, y en el mismo instante de la Encarnación, todo el plan de Dios con relación a las criaturas, terminado y abarcado, aunque, para la manifestación de ese plan y para nuestra captación del mismo, se valiera del tiempo.

Cuando quiso manifestarnos su amor eterno, se hizo Camino y, enseñándonos su Verdad, nos conduce palpablemente a la Vida. Y para esto

escogió el tiempo que Él creyó necesario a fin de que nuestra capacidad pudiera comprender el plan de su infinita misericordia en derramamiento sobre nosotros.

Valiéndose del tiempo, se nos entregó en Belén como expresión palpable de su amor, nos enseñó con su ejemplo y su palabra, murió en la cruz y resucitó, manifestándonos también que Él era la Resurrección y la Vida que nos llevaba al seno del Padre.

Queriendo estar con nosotros cuanto duren los siglos, se quedó en la Eucaristía como expresión máxima de su entrega paternal en romance de amor; y, en el día del Juicio Universal, vendrá a recogernos para que contemplemos la gloria del Hijo del hombre en su triunfo sobre toda la creación.

Jesús es en sí la abarcación consumada y terminada de todo el plan divino con relación al hombre; siendo, ante Dios, la glorificación perfecta del hombre al mismo Dios, y, ante los hombres, la expresión del Infinito Amor en derramamiento sobre ellos. Por lo que toda esta realidad que Cristo encierra, no sólo es vivida por Él, sino manifestada para que la vivamos.

En el instante de la Encarnación, el alma de Cristo, por la grandeza de su perfección, fue capaz de vivir, contener y abarcar, en la experiencia saboreable o dolorosa de su ser, toda su postura sacerdotal de recepción del Infinito y de respuesta en retornación al mismo Infinito; de

Receptor de la donación de Dios para todos los hombres, y de Recopilador de todos ellos en sí, siendo la Respuesta de todo lo creado ante la Santidad Eterna.

No sé si podré decir, a través de mis pobrecitas palabras y de mis limitadas expresiones, el compendio apretado que mi espíritu, introducido por la mano amorosa de María en el misterio de la Encarnación, descubre de la perfección que Cristo es en sí por la contención de todo el plan de Dios que, en Él y por Él, es obrado con relación al mismo Dios y a los hombres.

Cuando mi pequeñito ser no sabe ni puede descifrar las grandezas que, translimitando mis capacidades, yo descubro del Eterno en su serse y en su actuar, caigo en adoración, y, temblorosa de amor, adhiriéndome a Cristo, intento, unida a Él, adorar, responder y glorificar a Dios en la diminuta capacidad de mi pequeñez.

Así como nuestra mente, sin ser introducida por Dios, no puede saborear disfrutativamente la penetración del atributo de la Eternidad, por estar éste infinitamente distante de la posibilidad de nuestra captación, así tampoco podemos entender que Cristo, por la grandeza de su perfección, como criatura creada a imagen de la Eternidad y como expresión de ella misma, sea capaz de vivir en un instante el compendio apretado de su postura sacerdotal en la abarcación completa de todo cuanto encierra, según la plenitud que su sacerdocio le dio en la Encarnación.

*Cristo vive con nosotros hoy
toda su vida en la Iglesia*

Cristo abarcó en su espíritu todos los tiempos de todos los hombres, viviendo con todos y cada uno de ellos en todas y en cada una de sus circunstancias. Y así como para manifestarnos la realidad apretada que Él contenía de amor, de entrega, de enseñanza, de donación, de victimación en necesidad de glorificar al Padre y darse a los hombres, se valió de treinta y tres años, para trasladarse a nuestro tiempo, vivir con nosotros y hacernos a nosotros vivir con Él, se valió de la Iglesia, la cual, injertándonos en Cristo, a través de la liturgia, nos hace vivir, por medio de la fe, la esperanza y la caridad, la realidad plétórica del Verbo infinito Encarnado, en su ser y en su obrar.

Y, en el Sacrificio del Altar, se nos da todo el misterio de Cristo en su vida, muerte y resurrección, se nos hace vivir a nosotros también ese Sacrificio junto a Cristo, por Él y en Él, para la gloria del Padre y bien de todos los hombres, perpetuándonos en la Eucaristía la presencia real del Verbo Encarnado con todo cuanto es, vive y manifiesta.

¡Oh misterio maravilloso de la perfección de Cristo, que es capaz de realizar lo irrealizable para el hombre!, haciendo posible que yo en mi tiempo, en el Sacrificio del Altar, viva lo mismo

que vivieron aquellos que estuvieron con el Verbo hecho Hombre.

Y es tan esplendorosa la donación infinita de Dios en derramamiento de amor hacia mí, que, durante todas las Misas de todo mi tiempo, aquella realidad, misteriosamente, es obrada para mí a través de la liturgia. Y yo, cuando estoy con Jesús en el sagrario, por el poder de su gracia, vivo de la manera que Él vivió conmigo durante sus treinta y tres años, en la manifestación de su gozo y de su pena, de su entrega y de su amor. Más aún, mis ratos de sagrario, en mi vida de fe, son la realización de aquel tiempo de Cristo en mi tiempo, que a mí me hace capaz de vivir el tiempo de Cristo ante mi sagrario.

Es tan grande la riqueza de la Iglesia, tan fuerte el poder de la gracia que, a través de ella, en nosotros se realiza, que, así como en la Eternidad, por la magnificencia de su plenitud, no necesitamos del tiempo ni existe la distancia para vivir a Dios, a pesar de ser la Infinita Perfección de inexhaustiva realidad; así, por la perfección del misterio de la Iglesia, manifestación expresiva de Dios, para vivir en cualquier momento de nuestra vida todo el compendio apretado y pletórico de la riqueza que en sí contiene, tampoco el tiempo ni la distancia son impedimento. Ya que el misterio que la Iglesia encierra no es un misterio de recuerdo, sino de realidad viva y viviente que, prescindiendo del tiempo y la distancia, está remansado en su seno para que vengamos a

abreviar en sus fuentes como y cuando nuestra *alma-Iglesia* lo necesite para la repletura de nuestras ansias.

El tiempo, como decíamos al principio, es el medio del cual nos valemos para conseguir una cosa; cuando lo que queremos realizar está terminado en el perfeccionamiento de cuanto es, se muestra o se da en la consumación de su perfección.

Así el misterio de Cristo, con toda su realidad, se mantiene en la Iglesia, terminado en su infinita perfección, y es mostrado y comunicado a los hombres en el tiempo o circunstancia que cada uno de nosotros, introducidos en el seno de la misma Iglesia, necesitamos vivirlo y poseerlo.

La Iglesia es ánfora preciosa repleta de divinidad, que contiene todo el misterio de Dios en sí y todo el misterio de Dios con relación a nosotros, que, vivido y comunicado por Cristo, se nos hace realidad por nuestra injerencia en Él, en todos y en cada uno de los momentos de nuestra vida.

Yo, por ser Iglesia, estoy injertada en Cristo en todos y cada uno de los misterios de su vida, que yo vivo en mi espíritu con más o menos profundidad, con más o menos participación, según mi fe, esperanza y caridad me lo hagan presente. Y por Él estoy injertada también con el Padre y el Espíritu Santo y con todos los hombres de todos los tiempos.

Y así como Cristo durante sus treinta y tres años vivió realmente mi vida, cargando con los

pecados que yo cometería después de veinte siglos y presentándose con ellos ante el Padre como realidad presente, yo también, cuando injertada en Cristo me presento ante el Padre, no me presento con un Cristo de recuerdo, sino con el Cristo viviente que, en el seno de la Iglesia, al contener en su tiempo toda mi realidad, a mí me hace vivir, en el mío, toda la suya.

Cristo vivió conmigo y yo vivo de Él. Quitemos los siglos que separan su vida de la mía y sólo queda su unión conmigo y mi injercción en Él; y, hechos una cosa en el amor del Espíritu Santo, Él se me da a mí tal cual es en su tiempo y en el mío, y yo me doy a Él también en su tiempo y en el mío con todo cuanto soy.

Cristo es el Ungido de Dios por todos los siglos; y ese Ungido de Dios es unción plena de toda su realidad para mí en mi siglo y en mi tiempo. Lo que a mí me separa de la posesión de la Eternidad es el tiempo que me falta para encontrarla; pero, para vivir el misterio de Dios en la Iglesia, no existe más distancia que el pecado. Desaparecido éste, no hay impedimentos, y la vida de la gracia me hace capaz de vivir el misterio de Dios en sí y con nosotros, a través de Cristo.

En mi tiempo, vivo con Cristo todo su misterio por medio de la fe y la liturgia

Durante sus treinta y tres años, Jesús fue el Cristo palpablemente penante, que, en victimación,

vivía en su espíritu también de Eternidad; y, en mi tiempo, es el Cristo glorioso que, uniéndome a Él por la fe y viniéndose mí a través de la liturgia, me hace vivir de su victimación dolorosa, de su petición sangrante y de su inmolación callada.

Jesús es la Gloria infinita del Padre, por su Persona divina, y es el Adorador perfecto de esa misma Gloria, en su naturaleza humana; por lo que Él encierra en su realidad el Cielo y la tierra, la criatura y el Creador, el hombre y Dios, la Eternidad y el tiempo. Y, al ser Él, en su naturaleza humana, la imagen o la expresión más perfecta de Dios en todos sus atributos y perfecciones, fue capaz de vivir en su espíritu, a un mismo tiempo y de un modo perfectísimo, la gloria de la Eternidad y la abarcación de su misma vida y la de todos los hombres.

Cristo recogió en su vida todos los tiempos reduciéndolos a treinta y tres años, porque Él es la capacidad abarcadora de todos ellos. Valiéndose de sus treinta y tres años, fue y se manifestó como el Cristo penante que, llegando a victimación cruenta, vivía a un mismo tiempo de Eternidad; y durante todos los demás tiempos que Él fue capaz de contener en sí por la perfección de su ser, se nos manifiesta a través de la liturgia como el Cristo glorioso que contiene en sí la victimación de su misma vida con la realidad viviente de todos los hombres.

Jesús es abarcación de todos los tiempos en

diversidad de circunstancias; y así como los Apóstoles le vieron cruentamente padecer siendo la Gloria del Padre, nosotros le vemos ahora gloriosamente gozar siendo la Víctima inmolada. Pero es un mismo Cristo, que, abarcando los tiempos con todas sus circunstancias, se nos hace presente o patente de una u otra manera, conteniendo en sí toda su riquísima realidad.

Porque no podemos dudar de que, cuando Cristo se manifestó a los Apóstoles en el Tabor apareciendo con la luminosidad de su gloria, no por eso dejó de ser la Víctima que encerraba en su corazón la penante tragedia de todos los hombres; como tampoco el día de su triunfo universal dejará de ser el Sacerdote ofrecido al Padre por la salvación de todos. Por lo que, cuando yo, en mis ratos de sagrario, escucho el lamento de Jesús que, penando, me pide amor y reparación, no vivo de un recuerdo ni de una imaginación pasada, sino de la realidad que Cristo, con relación a mí, vivió en el tiempo de su manifestación.

Cuando yo oro a los pies del Sagrario, estoy con Cristo como es: con su vida, muerte y resurrección, con sus tragedias y sus penas, sus glorias y sus alegrías; viviéndolo en la posibilidad que el tiempo a mí me ha dado. Y esta posibilidad, por perfección del derramamiento del Amor Infinito, me es tan real, tan total, tan íntegra y tan acabada, que todo lo que aquellos que estuvieron con Jesús vivieron en su tiempo,

yo lo vivo en el mío. Lo mismo, ni un poquito más ni un poquito menos, ya que Jesús es el Cristo de todos los tiempos, que se manifestó en un tiempo, pero que se perpetuó en todos los siglos tal cual es por la perfección de su esplendidez.

Lo que pasa es que, así como nuestra mente no es capaz de captar que toda la realidad infinita del Infinito Ser, en el apretamiento coeterno de la Familia Divina, sea vivida, por perfección de su naturaleza, en un solo acto de ser, tampoco somos capaces de comprender, ni siquiera vislumbrar, el modo espléndido con que la magnificencia de Dios nos hace vivible, captable y real, a través del misterio de la Iglesia, toda la vida, muerte y resurrección de Cristo.

Cuando estoy ante el Sagrario, estoy con Cristo tal cual es. Sé que ahora es glorioso y está en el seno del Padre viviendo conmigo toda la realidad sangrante que, en su tiempo, viviendo Él este instante, realizó para mí. Y unas veces disfruto con su gloria, y otras sufro con su penar; con el penar que Cristo, al vivir mi realidad, mi tiempo y mis circunstancias, padeció; respondiéndole en la necesidad que, ante su vivir Él conmigo, yo tengo de vivir con Él.

La fe está por encima del tiempo; y la liturgia, enseñoreándose de todas las circunstancias, es tan rica y tan extensiva, que no sólo traslada a Cristo a mi tiempo, sino que a mí me traslada al suyo; por lo que la Eucaristía es una expresión

viviente del Sint tiempo, en manifestación de amor eterno a los hombres.

Aquel tiempo contuvo a Cristo victimado palpablemente, viviendo de Eternidad; y este tiempo a mí me da a Cristo glorioso siendo la Víctima inmaculada. Y cuando yo, por la perfección abarcadora de mi vida de fe, para recibir el misterio de Cristo, me pongo frente a Él, prescindo del tiempo y, mirándole de hito en hito, vivo cuanto es, en la manera pequeñita que mi capacidad me da; pero más o menos abarcadoramente, más o menos realmente, según la participación que la vida de la gracia a mí me proporciona en vivencia saboreable de los misterios de Dios.

Una vez que yo he comprendido, en mi modo pequeñito de captar, algo de la excelencia de la Eternidad, y algo también de la perfección expresiva de Cristo manifestando el atributo de la Eternidad en su manera de dársenos, para mí el tiempo ha pasado a ser como el eco que una campana podría dejar después de su reteñir. No existe el tiempo para mí; sólo existe Dios y su plan, viviendo Él su realidad conmigo y yo mi realidad con Él.

*¡Qué grande es ser Iglesia,
y qué pocos lo saben...!*

Alma querida, quita de tu captación, en la manera que puedas, todo lo que te separe de

la vida de Cristo. Corta el tiempo, si puedes, en tu imaginación, como cortarías la soga que va desde el fondo hasta el brocal de un pozo; quita la soga, coge el cántaro con la mano, y dime qué te separa de él.

Dios se sometió al tiempo, pero su amor infinito fue tan grande y tan perfecto en la donación de su entrega, que, por medio de la liturgia, unió misteriosamente nuestras vidas a la de Cristo. Por lo que yo no necesito de nada para saciar mi sed directamente en el brocal del Chorro de la Vida, sino que abrego en sus aguas, saciándome en sus manantiales con la misma fluidez, frescura y vitalidad que los que estuvieron con Jesús, porque yo experimento que estoy con Cristo lo mismo que ellos y que Él está conmigo como con ellos. Siento el frescor de la Palabra infinita Encarnada, el latir de su corazón, el palpitar de su pecho, la caricia de su mirada, el quejido de su agonía, el penar de su soledad, el dolor ante la incompreensión de los que no le quieren recibir...; y escucho, en la amargura de mi pecho dolorido, los latigazos de los azotes, el crujir de la coronación de espinas, la desolación de la traición de Judas. ¡Qué vivirá Cristo que yo no viva con Él, prescindiendo del tiempo, en el compendio apretado de su perfección y en la captación de mi amor que, en respuesta, se entrega como puede...!

El tiempo no es más que una burlona carcajada que intenta destruir y dejar sólo en el recuerdo

la realidad viva y viviente de la manifestación palpable del amor infinito de Dios para con el hombre, que, en todos y en cada uno de los momentos de nuestra vida, se nos da en el seno de la Iglesia por la fuerza de su poder.

Jesús, en el Sagrario, es el Cristo del Padre que contiene en sí el Cielo y la tierra, lo divino y lo humano, la vida y hasta la muerte, el gozo y el dolor; y eso lo es para mí tal como lo es en la manera riquísima y esplendorosa, magnífica y espléndida que Él tiene por la perfección apretada de su contención de ser.

En mis ratos de Sagrario, junto a las *puertas de la Eternidad*, se me muestra la Gloria del Padre, la Figura de la sustancia del Eterno en Expresión cantora, que es el Verbo. Y en mis ratos de Sagrario también, junto a las *puertas de la Eternidad*, por la manifestación del esplendor de la gloria de Dios, se me da Cristo penante y sufriendo, reclamando mi corazón para apagar su sed, pidiéndome mi entrega para calmar sus ansias, y diciéndome sus penares para que le consuele.

El *alma-Iglesia* es tan grande, ¡tanto, tanto!, que, por su injercción en el Sumo y Eterno Sacerdote, como miembro del Cuerpo Místico, vive con Él y en Él todo el misterio de su vida, muerte y resurrección, junto con todos los hombres que, injertados en Cristo, son miembros suyos; los cuales, a su vez, misteriosamente unidos con las otras almas, poseen toda esta gran maravilla y

esplendorosa realidad. ¡Qué grande es ser Iglesia y qué pocos lo saben!

Cuando Cristo me une a Él por el misterio de la Encarnación en su tiempo, y se une a mí en el mío a través del bautismo, al quedar injertada en Él, paso a ser miembro de su Cuerpo, del que Él es Cabeza; desapareciendo, por la vida de gracia, los impedimentos del tiempo para vivir la realidad del Sumo y Eterno Sacerdote en la plenitud de cuanto es, vive y manifiesta.

Pero aún más. Cuando soy consciente de mi realidad, siento en mí los dolores de Cristo que me crucifican, el abandono de su Getsemaní, pasando a ser su vida mi vida; por lo que sus sentimientos, sus apetencias, sus urgencias y aun sus glorias, pasan participativamente a la médula de mi corazón, pudiendo decir con San Pablo: “Vivo yo, pero no yo, es Cristo quien vive en mí”. Él vive en mí y yo en Él. Por eso, su gloria es mi gloria su pena es mi morir, e, impregnada del palpitar de la Iglesia, que, en el compendio de todos sus miembros, es el Cuerpo Místico de Cristo, necesito ser eucaristía, acción de gracias adoración a Dios, donación a todos los hombres para ser comida por todos, hambreado ser toda para todos y que todos seamos uno en la caridad del mismo Espíritu Santo.

Y así como, para participar de las divinas Personas, yo no tengo que ir a la Eternidad, porque Dios se vino conmigo introduciéndome en Él, que es la Eternidad, así, para vivir a Cristo,

yo no necesito trasladarme a sus treinta y tres años, porque Él, superando el tiempo por medio del misterio de la Iglesia, se vino a mí con todo el compendio apretado de su realidad misteriosa.

¿Dónde hay un alma que el tiempo sea capaz de separarla de mí? El espíritu, unido a Dios, es abarcador de todas estas realidades; por lo que, en la participación del mismo Infinito, yo estoy en el seno de Dios, viviendo con Cristo en la unión del Espíritu Santo, con todos los hombres.

¡Ay si los hombres viviéramos de Dios..., si trascendiéramos los conceptos creados..., si saboreáramos los eternos, haciéndonos capaces de captar la trascendente transcendencia de todos ellos...!

¿A ver dónde hay criatura, tiempo ni distancia que pueda separarme a mí ni un ápice del Verbo infinito Encarnado, en cuanto es, vive y realiza? Sólo mi “no” al plan divino abriría una distancia y tal vez un abismo insondable entre Él y yo; pero, en la medida que soy adhesión lo más perfectamente que puedo al derramamiento infinito de su divina voluntad sobre mí, en esa misma medida Él y yo somos uno en la unión del Espíritu Santo.

Alma querida, cualquiera que seas dentro del seno anchuroso de la Santa Madre Iglesia, vive tu realidad de miembro del Cuerpo Místico de Cristo, asimila todos los movimientos del alma de Jesús, y ten la seguridad de que, en el compendio apretado que te da tu *ser de Iglesia*,

irás descubriendo la sencillez aplastante, vivificadora y captable de todo el plan de Dios, a través de Cristo, para con el hombre.

Yo me siento el ‘*Eco de la Iglesia mía*’, porque todo el palpitar de su corazón –que es Cristo viviendo con ella– es recogido en mi pecho y repetido en la diminuta capacidad de mi vibración por el impulso del Amor Infinito, que, siendo mi Esposo divino, me hace romper también, como fruto de su amor, en derramamiento de maternidad espiritual.

Hijo de mi *alma-Iglesia*, escucha el gemido de mi corazón: entra en la profundidad profunda del pecho de Cristo, recibe el palpitar de su doloroso Getsemaní prescindiendo del tiempo y circunstancias que te rodean. Porque para el cristiano, en la dimensión de su capacidad, no existe el tiempo ni la distancia, siendo, con Cristo, universal, a imagen y reflejo de la perfección de Dios que manifiesta el atributo de la Eternidad en Cristo, y que, por Él y en Él, lo hace repercutir en todos sus miembros.